

LANA FRY

B A B Y

CUANDO

menos te lo

ESPERAS



CUANDO MENOS TE LO ESPERAS

© Lana Fry.

1ª edición, junio 2020.

Imagen de portada: Shutterstock

Diseño de cubierta: Lana Fry

Corrección: Nia Area.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

SINOPSIS

Ha pasado poco más de un año desde lo ocurrido en el final de *Querida (y odiada) casualidad*, y la vida de Ash y Léa va sobre ruedas. A ambos les va genial en el trabajo y la vida en pareja, bueno, no puede ser más satisfactoria —inserte guiño aquí—.

Ash tiene todo lo que pudiera desear y, desde que está con Léa, la felicidad es completa...

¿O no?

Hay algo, un deseo, un anhelo que no se había atrevido a decir en voz alta y que no deja de perseguirlo. Puede que ni siquiera hubiera sido consciente de lo mucho que quería ser padre hasta que esa pelirroja alocada entró en su vida para quedarse,

Pero bueno, ya sabemos cómo va esto de la vida; aunque algunas veces te quita cosas, también te da otras, sobre todo, cuando menos te lo esperas.

Capítulo único

—Había una vez un hermoso lugar, en lo más profundo de los mares...

Dos pares de ojos azules me miraron fijamente, cada uno con una expresión diferente. La pequeña Evelyn, con los rizos rubios escondidos en la capucha con orejitas de su pijama, me miraba como si fuera el mismísimo rey Tritón; me hizo sentir tan orgulloso que hasta saqué pecho mientras seguía con el cuento de *La sirenita*. Se había acurrucado en mis brazos después de cenar, y su cabeza apoyada en mi pecho era un peso suave y liviano. Apoyé la mejilla en su coronilla y cerré un momento los ojos al oler la colonia fresca de bebé.

—...la pequeña sirenita siempre estaba cantando...

—¿Y cómo cantaba?

Se me atragantaron las últimas palabras del cuento, y miré a Evelyn con el terror plasmado en la cara. Al otro lado estaba Léa, partiéndose la caja; aunque en su defensa diré que acallaba sus carcajadas en la almohada. Mientras tanto, la niña me miraba como si de repente hubiera adquirido dotes de tenor y fuera a cantarle *Bajo del mar* con el acento ¿mexicano? del cangrejo. Nunca había conseguido ubicarlo.

—Pues... Esto... Cantaba. Con canciones y esas cosas —traté de sonar animado y seguir con el cuento, pero mi intento de evasión no funcionó porque la niña me tiró de la manga—. ¿Qué pasa?

—¿Y qué canciones cantaba? —Si no fuera porque tenía la carita de un ángel y me miraba con tanta inocencia, pensaría que un demonio se la había comido entera—. *Porfa*, cántame una, tío Ash.

Alarmado, busqué ayuda en Léa, pero, por su cara roja, quizá quien la necesitaba era ella. «Traidora», pensé, al ver que se lo estaba pasando la mar de bien viéndome pasar uno de los momentos más terroríficos y angustiosos de mi vida.

—Eso, tío Ash, cántanos una canción —me animó, la muy... Había cruzado las piernas encima del sofá, y mis ojos se perdieron, absortos y embelesados, en los largos mechones rojizos que ella intentaba recoger en una alta coleta. Me comería esa sonrisa pícaro de un bocado y sé que no tendría suficiente, así de loco me tenía. ¿Quién iba a decirlo, eh?—. *Tú crees que en otros lados, las algas más verdes son...*

Empezó a cantar, suave y bajito, empujándome a seguirla. Cerré los ojos, sobre todo porque Evelyn se había entusiasmado hasta el punto de que se había arrodillado encima de mí y empezaba a dar palmas, siguiendo el ritmo alegre de mi novia.

—*Bajo del mar, bajo del mar, vives contento, siendo sirena...* —Me estremecí al escuchar el susurro de Léa en mi oído. Giré la cabeza y quien se perdió en el mar azul de sus ojos fui yo—. No decepciones a tu público.

Mi voluntad caía en picado con estas dos, incapaz de negarles nada. Lo peor de todo era que ellas lo sabían y se aprovechaban sin compasión de mi pobre persona. ¿Quién iba a decirme a mí que acabaría en una situación como esta? ¿Dónde habían quedado David Garret y su violín? Ahora, todo lo que se escuchaba en el coche eran canciones de Disney. No veas lo mal que lo pasé ayer cuando llevé a Evelyn al colegio y estuvo en bucle la nueva canción de *Frozen*. Cuando se fue el último cliente de la tarde estuve a punto de cantarle *Let it go*.

—*Bajo del mar, bajo del mar, hay bailarinas, son las sardinas...* —empecé a cantar, y mi voz, grave y ronca, puso la nota discordante a los chillidos de mi ahijada y mi novia, quienes habían bajado ya del sofá y bailaban en medio del salón, cantando siempre que la risa las dejaba.

Sonreí al ver a Léa comportarse como una niña, sin avergonzarse. No era de extrañar que Evelyn estuviera como loca con ella, y la mirara con tanta devoción que hasta a mí me puso un nudo en la garganta. Iba en pijama, con la coleta más mal hecha que había visto nunca, danzando sobre la alfombra con los calcetines encima de la pernera del pantalón y, aunque podía parecer la cosa menos sexy del mundo, era tan ella, lo que la hacía tan única, que la amaría aunque llevara uno de esos horrorosos pijamas de una pieza.

Me sentía el hombre más jodidamente afortunado del mundo; cuando por fin acabó la canción y ambas volvieron a mi lado, suspiré sabiendo que no necesitaba nada más en el mundo.

Bueno, había algo, pero...

Sacudí la cabeza, sacudiendo también ese pensamiento.

—Has fruncido el ceño. ¿Tus recién descubiertas facetas musicales están haciendo que te replantees tu futuro? —Léa había apoyado la barbilla en mi hombro y, aunque la picaresca y la diversión no desaparecieron de sus labios, en sus ojos se camuflaba una pequeña sombra de preocupación—. ¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo? —respondí, acercando mi cara a la suya para darle un coqueto beso en la punta de la nariz—. Tengo a mis dos chicas preferidas aquí.

Evelyn había perdido la batalla contra el sueño y estaba a nada de caer en seco. Sus grandes e inocentes ojos azules luchaban por mantenerse abiertos; Léa y yo nos quedamos callados, mirándola hasta que acabó por dormirse. Después, la cogí en brazos y subí despacio con ella las

escaleras hacia nuestra habitación. Evans y su mujer se habían tomado unos días de vacaciones, coincidiendo con su aniversario de bodas, y habían dejado a la niña y su cuna con nosotros. La acosté ahí con todo el cuidado del mundo.

En un gesto instintivo alargué el brazo y Léa se apretujó a mi lado, permitiéndome abrazarla. No sé qué rondaba por su cabeza, pero por la mía pasaban tal cantidad de imágenes inexistentes que me dejaron con un anhelo tan grande en el pecho que necesité suspirar con fuerza, buscando calmarme. Inclinado sobre la cuna no veía a mi ahijada, sino a otra pequeña con los rizos rojizos de su madre, con la manita reposando sobre una mejilla tan sonrojada que daban ganas de comérsela a besos.

—Otra vez te has puesto serio.

Me conocía demasiado bien; acostumbrado como estaba a que nadie supiera por dónde cogerme, ella tenía una facilidad asombrosa para calarme.

—Estaba pensando...

—¡Uy, peligro! —sonrió, siguiéndome hasta la cama, donde nos sentamos a los pies.

—No hemos hablado de tener hijos —solté. Léa se quedó muda y, si no fuera porque no había casi luz en la habitación, solo la de la mesilla de noche, habría jurado que toda su cara se había quedado blanca—. Bueno, no estoy diciendo que tenga que ser ahora, claro. Pero, no sé...

Se me trababan las palabras, y que Léa estuviera sumida en un poco acostumbrado silencio, no ayudaba.

—Olvídalo. Es una tontería —sonreí, antes de darle un beso en la frente y levantarme para ir al baño.

Me maldije por haber sido tan bocazas; me había acostumbrado tanto a no callarme nada con ella que me salía solo confesarle qué pasaba por mi cabeza. No me paré a pensar en que este podía no ser el momento de sacar el tema, en que ambos estábamos intentando estabilizarnos en nuestro trabajo. A Léa le iba genial con el recién abierto canal de Youtube; no sabía cómo se las ingeniaba para sacar tiempo y ganas para seguir trabajando con Audrey en la pastelería, además de grabar sus videos para después editarlos. Estaba haciendo cursos, y yo acababa de chafarle todas las ilusiones de un plumazo.

Cuando me estaba lavando los dientes y alcé la mirada, vi su expresión seria a través del espejo. Parecía cansada, incluso algo abrumada por todo.

—¿No eres feliz? —Su pregunta me pilló tan fuera de juego que no atiné a decir nada; la miré sin parpadear, incapaz de girarme. No hacía falta, pues su reflejo lo decía todo. Era demasiado expresiva—. Ash...

—¡Joder! —exclamé, y enseguida bajé el tono para no despertar a la niña. Me giré de sopetón, plantándome delante de ella en una sola y larga zancada para después abarcarle la cara con las manos—. Soy el cabrón con más suerte del mundo y nada, escúchame bien, nada podría hacer que fuera más feliz que ahora.

—Pero has dicho...

Pese a ser alguien muy familiar, nunca me había creído preparado para formar la mía propia. Veía a Evans con Evelyn y solo sentía cariño, pero Léa había llegado a mi vida, se había asentado en ella para quedarse, y ese cariño se había convertido en un anhelo que no sabía que podía llegar

a sentir. No tenía ni idea de cuidar y criar niños, mi experiencia se basaba en las veces que hacía de canguro de Evelyn cuando sus padres me la dejaban. Ahora, cada vez que cerraba los ojos y trataba de imaginarme mi futuro, no encontraba solo a Léa en él.

¿Cómo podía decirle eso a ella sin que sintiera que la estaba presionando? Sabía lo mal que lo había pasado meses atrás, cuando se encontraba perdida, sin saber qué hacer con su vida o en qué dirección llevarla; y yo, precisamente por lo mucho que la quería, no podía hacer que esa estabilidad que tanto le había costado conseguir se tambaleara por mi deseo de tener niños.

—Olvida lo que he dicho.

Me perdí en sus labios, que se movieron dubitativos bajo los míos. Sin separar mi boca de la suya, avancé poco a poco hasta que la tuve apoyada en la pared del baño. Era pequeña en mis brazos, casi podía abarcarle la cintura con las manos, aun así su cuerpo encajaba tan bien con el mío que sentía sus curvas danzar al ritmo de mis caricias, al igual que mis músculos se expandían y contraían bajo sus manos.

—No sé si estoy preparada para ser madre —soltó Léa en un quedo jadeo, aprovechando que había abandonado su boca para enterrar la cara en la curva de su cuello, buscando aspirar su olor—. Soy un desastre de persona.

—No pienses en eso ahora —respondí, estrechándola en un abrazo con el que pretendía consolarla y, a la vez, cerrar el tema—. Solo era un pensamiento al aire.

Nos acostamos muy pegados el uno al otro, con su cabeza recostada en mi pecho y yo enredando los dedos entre los mechones rojizos de su pelo. Llevaba tanto tiempo sin cortárselo que le llegaba ya hasta casi la mitad de la espalda, y a mí me enloquecía verlo desparramado sobre la almohada.

Su respiración tardó en volverse profunda y pausada, en todo el tiempo no detuve mis caricias. Había intentado pintarla, de hecho, había empezado muchos retratos suyos —bien escondidos, porque me daba algo de vergüenza que los viera—, y me sabía tan de memoria su nariz respingona, la curva maliciosa y traviesa de su sonrisa o la forma en la que sus cejas se arqueaban cuando no le veía la gracia a mis chistes malos, que podría dibujarla hasta con los ojos cerrados. Pero cuando llegaba el momento de ponerle color... Ninguno le hacía justicia. Ningún azul captaba el brillo de sus ojos, el amor que desprendían; tampoco ningún rosado podría igualarse al de sus mejillas. ¿Y sus labios? ¿Y el abanico infinito de rojizos, cobrizos y rubios de su melena?

Imposible.

Todo lo que intentara emular no sería más que eso, una copia barata de una persona tan única y especial que nada podría comparársela.

Apreté su cuerpo hacia el mío, con cierta posesividad, y besé su frente, con el pecho expandiéndose de pura felicidad solo por tener la oportunidad de estar así con ella.

Tardé en conciliar el sueño; cuando sonó el despertador, lo apagué con rapidez antes de que Léa o mi ahijada se despertaran. Disfruté un rato más en la cama, haciéndome el remolón. Pero, si no quería llegar tarde al trabajo, tenía que levantarme ya, aunque me costase la vida misma salir de debajo de la calidez de las mantas, reacio a separarme de ese delicado cuerpo que, desde que pasó la primera noche aquí, se había apoderado de toda la cama y dormía siempre invadiendo mi lado, pegado a mí.

Que conste que no era una queja, todo lo contrario.

Una hora después entraba en las oficinas de mi empresa, con el ceño fruncido y totalmente decidido a centrarme en el trabajo. Con Evans fuera, me tocaba a mí cargar con todo.

Estaba a mitad de una reunión cuando recibí un mensaje de Léa, que había adjuntado una foto. Años de experiencia en poner cara de póker me ayudaron ahora para no echarme a reír al verla. Estaban ella y Evelyn tiradas en la cama, con el pelo revuelto y cara de haberse acabado de despertar, a pesar de ello sonreían, y la misma imagen de la noche anterior acudió a mí. Tenía que dejar de imaginarme a niñas pelirrojas allá donde fuera.

Sacudí la cabeza para alejar esa clase de pensamientos y centrarme en la reunión, sin embargo, el peso sordo en el pecho, la ligera molestia, seguía estando ahí.

Como no me daba tiempo a ir a casa a comer, me había hecho a la idea de pedir algo de comida y encerrarme en mi despacho hasta la hora de la siguiente reunión, pero...

—¿Tiene el gran jefe tiempo para comer con su ex secretaria? —Léa asomó su preciosa cara por la puerta, alegrándome la mañana y el día.

—Para esta ex secretaria, siempre —bromeé, yendo a su encuentro—. Menos mal que ya no trabajas para mí. Te tendría encadenada a esta mesa todo el tiempo.

Tuve la decencia de cerrar la puerta del despacho antes de darme un festín con su boca, que se abrió gustosa y ansiosa bajo la mía. No veáis lo loco que me volvía ese sonidito que hacía cuando la besaba en el cuello, como un sugerente ronroneo.

—Espero que no trates así a todas tus ex secretarias —jadeó, echando la cabeza hacia atrás.

—Solo a ti, Chartier, solo a ti.

—Más te vale, o no necesitaré comprar huevos para hacer tortillas.

Me reí, robándole otro beso, sin dudar ni un instante en que sería capaz de llevar a cabo su amenaza. ¡Menudo genio tenía la pelirroja del copón!

—¿Dónde has dejado a Evelyn?

Aparté los papeles de encima del gran escritorio de cristal y coloqué dos salvamanteles sobre los cuales Léa puso dos raciones de comida china.

—Ha venido Evans para llevársela.

—Cierto, no me acordaba que era hoy cuando volvían de viaje.

—¿Empieza a perder la memoria el señor? —se burló, y cuando me sacó la lengua, mi más que buena memoria me hizo recordar lo bien que se sentía esa lengua juguetona e irreverente en ciertas partes de mi cuerpo.

—Hablas como si fuera un viejo chocho y no llego aún a los cuarenta —me quejé, removiéndome en la silla; por la sonrisa picarona de Léa, se había dado cuenta de que estaba recolocándome el paquete—. Tus partes favoritas seguirán intactas hasta cuando esté senil.

—Pocas tortillas podrán hacerse para entonces con tus huevos fofos —soltó, consiguiendo que me atragantara con la comida. Riéndose, se levantó y se puso tras de mí para golpearme con suavidad la espalda. Cuando se me pasó el mal trago, apoyó la barbilla en mi hombro y susurró—. No te preocupes, que te seguiré queriendo igual, aunque tus huevos solo sirvan para hacer revuelto.

Bajo todas esas provocaciones, esas bromas y risas, se escondía la necesidad de asegurarse de que las cosas entre nosotros estaban bien, sobre todo después de la charla de anoche. Hice que se sentara en mis brazos y me mirara fijamente.

—Todo está bien, Léa.

Su sonrisa tembló un poco, dejando un temor asomarse por ella.

—¿Decías en serio lo de anoche? ¿Lo de tener un hijo?

Me perdí en sus ojos, en sus largas pestañas, antes de asentir.

—Pero te repito lo mismo que anoche: tampoco me importaría si no fuera así. Soy feliz contigo, seamos dos o quince.

—Bueno, tampoco te pases —sonrió, algo más animada.

—Piénsalo como una inversión de futuro. Tendríamos nuestro propio equipo de fútbol —me reí, queriendo que se le borrara el ceño fruncido—. Te quiero.

—Te quiero —susurró junto a mis labios.

Dejé que se recostara sobre mí, apoyando la cabeza en mi hombro.

Cerré los ojos y recordé el primer momento que la vi. Llevaba semanas sin secretaria y no daba abasto con todo. Me gustaba tenerlo todo controlado, y el no poder hacerlo me tenía de tal mal humor que Evans me acusó de estar comportándome como un perro, ladrando y enseñándole los dientes a todo el mundo. Llevábamos apenas dos años en la empresa y estábamos lejos de conseguir estabilidad, por lo que nos resistíamos un poco a contratar más personal del necesario, por lo menos, hasta que las cosas se asentaran; sin embargo, viendo la situación, decidimos que era necesario que alguien nos echara una mano. Al menos, en la parte organizativa. El alivio nos duró poco. En cuanto vimos a todas las candidatas supimos que no funcionaría. Tenía un carácter fuerte y la paciencia no era uno de mis puntos fuertes, y la mayoría de esas chicas tenían pinta de ponerse a llorar a las primeras de cambio, además de no aguantar bien la presión.

Hasta que abrí la puerta de mi despacho para ir al baño y vi a Léa plantada delante de mí. Recuerdo haber mirado abajo y pensar que tenía los ojos azules más grandes y expresivos que había visto en mi vida. Era tan pequeña que me llegaba los hombros gracias a los tacones, aunque fue empezar a hablar, a soltar pestes por esa boca, y se engrandeció hasta mirarme a los ojos sin pestañear. No se amedrentó y, aunque no recuerdo del todo las palabras exactas que me dijo, tuve claro que esa pelirroja iba a meterme en problemas si la dejaba.

—¿Y esa sonrisa? —Sus dedos sobre mis labios me hicieron cosquillas y le cogí la mano para besarlos.

—Estaba recordando la primera vez que te vi, el día de la entrevista.

—Mi boca siempre me mete en problemas —sonrió avergonzada.

Se había recogido el pelo en una coleta alta, pero algunos mechones se le habían escapado; le rocé la mejilla con los dedos al apartárselos.

—¿Sabes qué razones me dio Evans para contratarte, aparte de creer que harías un buen trabajo? —Ella negó, cada vez más curiosa—. Dijo que había encontrado la horma de mi zapato y que ya se lo agradecería. Creo que no he llegado a hacerlo.

—Mal amigo. —Tiré de su labio inferior y la besé tan largamente, recreándome en su boca,

que al separarse tenía una expresión aturdida, con los ojos brillantes y las mejillas coloradas—. ¿A esto te referías antes con lo de encadenarme a la mesa?

—No exactamente, pero podemos empezar así, sí —reí, guiñándole un ojo.

Que aún fuera capaz de sonrojarse después de lo que habíamos compartido era una de las cosas que me volvían loco de ella.

—Tengo que irme y tú tienes que trabajar.

—El aguafiestas en esta relación soy yo. —La retuve, sujetándola por las caderas—. ¿Pasamos de la cena esta noche y vamos directos al postre?

—Esta noche celebramos tu cumpleaños, ¿recuerdas? Van a venir todos.

—¿Y no hay forma de...? ¡Mi cumpleaños es mañana!

—Sus huevos, señor Faure-Dumont, piense en sus huevos —me advirtió, muy seria—. Te quiero puntual en casa.

—Sí, jefa.

Entre un tonto y otro, el tiempo había pasado volando; tuvimos que terminar de comer con rapidez antes de que empezara mi reunión. Léa estuvo muy misteriosa al preguntarle qué iba a hacer toda la tarde hasta la hora de la cena, se puso tan nerviosa y habló tan deprisa que no entendí nada de lo que dijo. Tampoco es que me diera mucho margen para insistir porque, cuando me di cuenta, me había dado un beso rápido y ya veía su coleta balancearse mientras se alejaba de mí.

Esa tarde llegué a casa más temprano de lo normal, también porque había intentado adelantar todo el trabajo posible con la esperanza de continuar con Léa lo que habíamos dejado a medias en el despacho. Subí los escalones de dos en dos, en dirección al baño.

—¿Hay sitio para mí en esa ducha? —pregunté desde fuera, porque había intentado abrir la puerta y me había encontrado con el pestillo echado. Fuera lo que fuera lo que estuviera haciendo, soltó un grito seguido de una retahíla de palabras que no llegué a entender—. ¿Va todo bien ahí dentro?

—Sí, es solo que... No sabía que habías vuelto. Me... Me has sorprendido, eso es todo.

Había algo raro en su voz, un deje nervioso que el tiempo a su lado me llevaba a creer que ocultaba algo.

—Pues imagina mi sorpresa al llegar, saber que te estás duchando y darme con las narices contra la puerta. A todo esto, ¿me puedes abrir? Me parece estúpido mantener una conversación así, con una puerta en medio.

—¡No! —La fuerza de su grito me hizo retroceder, también la alarma en su voz—. No puedes entrar ahora porque... porque... ¡Tu regalo!

—¿Qué?

—Llevo... tu regalo. No puedes... aún no.

—Dime que te has comprado ese conjunto de lencería tan sexy que vimos en el escaparate.

—Eh...

—Madre mía, no sé cómo voy a soportar toda la noche, con mi familia alrededor, imaginándote

con él puesto. ¿Seguro que no podemos anularlo? A estas horas no habrán salido aún de sus casas...

—Asier...

—¡Está bien! ¡Está bien! —Alcé las manos, enseñándole las palmas, como si pudiera verme a través de la puerta—. Te dejo para que te acabes de arreglar.

Más contento que unas castañuelas, pasé por la habitación a cambiarme las zapatillas, y solo cuando me iba vi una cajita encima de la cómoda. Pequeña y alargada, negra, con letras plateadas. *Caran d'Ache*. Evans me había contagiado el gusto por las estilográficas y aprovechaba cada excusa tonta para usar la suya. Perfectamente podría comprarme una, pero lo veía un gasto innecesario para mí; prefería gastarme el dinero en regalos para Léa. Me gustaba ver su sonrisa iluminarlo todo cuando le regalaba un libro o me la llevaba todos los viernes al cine. Era tan fácil hacerla feliz, y se conformaba con tan poco...

La pluma era preciosa, como todas las de la marca, y la admiré un poco antes de dejarla donde estaba, mentalizándome para hacer mi mejor actuación cuando me la diera delante de todo el mundo y fingiera estar sorprendido.

Si tenía dudas sobre lo que había estado haciendo Léa toda la tarde, al ver la cocina llena de platos cubiertos de papel de aluminio, estas se esfumaron. Se había hecho dueña y señora de mis fogones, desterrándome a una servil vida de camarero, porque lo único que me dejaba era poner y quitar la mesa. Como sabía lo que me convenía, no la contradecía. Mi estómago agradecía mi sensatez en este asunto. Era un pésimo cocinero.

Me dejé caer en el sofá, cansado; no veía el momento de quitarme las lentillas y ponerme las gafas.

Léa bajó poco más de media hora después y, tras unos segundos en los que me quedé embozado viéndola con ese ajustado vestido negro, me di cuenta de que tenía los ojos rojos, como si...

—¿Has llorado? —pregunté, preocupado. Tardé dos segundos en llegar del sofá a su lado.

—Me he hecho la raya del ojo —respondió, como si eso fuera explicación suficiente; aunque sonó convencida, no acabé de creérmelo del todo—. Sabes que de pulso voy algo corta, así que no hagas un drama de esto.

Cortó mi réplica al ponerse de puntillas y obligarme, tirando de las solapas de mi camisa, a inclinarme sobre ella. Sus labios sabían a frambuesa, y supe que se había puesto ese brillo labial que gritaba «Bésame» por todos lados.

—Será mejor que subas a darte una ducha y arreglarte. Tus padres no tardarán en llegar.

—¿No podemos...?

—¡Sube! —Me dio una palmada en el culo que, más que empujarme a subir, lo que consiguió fue subir otra cosa—. En serio, no puedes ir de salido por la vida. No debe ser sano.

—Es tu culpa. Yo estaba, y estoy, dispuesto a cumplir años en la cama... contigo.

—¡No te acerques más...! ¡Ash!

Por mucho que retrocediera, alejándose de mí, con la risa brotándole estrangulada del pecho, la alcancé en dos zancadas y apoyé su espalda contra la pared, creando una jaula con mis brazos a la altura de su cabeza. Se había dejado el pelo suelto, así que seguí con los ojos las suaves y

llamativas ondas hasta su pecho, que se agitaba por culpa de su errática respiración.

Mis labios cosquilleaban con la idea de besarla, pero me quedé observándola desde arriba, recreándome con su cara, su expresividad...

—Mi serendipia —murmuré, dando gracias por haberme encontrado con ella.

Había llenado mi vida de risas, de alegría, había creado con ella recuerdos increíbles, de los mejores que atesoraba. Con ella había aprendido a expresar y sentir cada momento como si fuera único e irrepetible. Era un jodido cliché decir que me había hecho querer e intentar ser mejor persona, pero es que era cierto. Léa tenía un entusiasmo casi infantil por todo, y yo solo quería que siguiera conservando esa inocencia que la hacía tan especial y una de las razones por las que la quería tanto.

—Gracias —murmuré.

—¿Por qué?

—No sé. Por ser tú, por todo... ¿Necesito motivos acaso?

—¿Quién iba a decirme a mí que acabaría domando al feroz dragón hasta convertirlo en un tierno lagarto?

Escondí mi risa en su cuello, y sus delicados aunque fuertes brazos no tardaron en rodearme. Tuve que agacharme bastante para que pudiera hacerlo, y nos quedamos un rato así, disfrutando el uno del otro, hasta que sonó el timbre de la puerta y no tuve más remedio que ir a darme una ducha rápida y cambiarme de ropa.

En mi familia, los cumpleaños eran la excusa perfecta para reunirnos los ciento y la madre que éramos. Este año me apetecía pasarlo con los más cercanos —mis padres, mi hermano y su mujer, y Evans y la suya—, y si hubieran dejado que Léa y yo pasáramos la noche en el sofá, con el pijama, viendo una película después de pedir unas *pizzas*, habría aceptado encantado.

Mis padres me abrazaron nada más verme bajar la escalera, y me pellizcaron las mejillas como si cumpliera seis años y no treinta más; yo me dejé mimar. Me hacía feliz tenerlos en casa, y más después de ver lo bien que había encajado Léa entre mi ruidosa y multitudinaria familia. Después llegaron Evans y su mujer; cuando fui a coger a la pequeña Evelyn, esta pasó corriendo por mi lado y se lanzó a los brazos de Léa, quien se encogió de hombros y sonrió disculpándose.

Audrey, la mejor amiga de Léa, fue la última en llegar, y lo hizo cargando con la tarta. Cada vez que la miraba se me antojaba una flor delicada, con esa sonrisa entre tímida y reservada, esos grandes ojos negros y su carita dulce, algo aniñada; sin embargo, como toda rosa, tenía sus espinas. Tenía un carácter fuerte y unas ideas muy claras. No habíamos empezado con buen pie ella y yo, quizá porque nuestros caracteres parecidos chocaron al principio, pero también había sido eso lo que había hecho que la considerara una buena amiga, alguien de confianza y honesta.

—Feliz cumpleaños —me dijo, pudiendo darme solo un rápido abrazo antes de que Léa la cogiera de la mano y tirara de ella hacia la cocina.

Esas dos no podían estar separadas más de un día, y cuando se veían eran como dos adolescentes que se reencontraban el primer día de clases después del verano, chillando emocionadas por todas las cosas que iban a contarse.

Léa se había lucido con la cena, incluso me entró algo de vergüenza que se hubiera tomado tantas molestias por mí. Había llenado la mesa de aperitivos, de hojaldres salados, de quiches de

beicon y calabacín, de mini *pizzas*, entre otras cosas. Paseábamos por el salón, charlando con unos y otros.

—Eres un año más viejo, compañero. —Evans me palmeó la espalda, sonriendo—. Pero no sé yo si más sabio.

—La vejez no lleva implícita la madurez —soltó mi padre, tomándome el pelo.

—Es cosa de familia, supongo —le devolví la pelota, y soltó esa risa ronca tan característica suya—. Gracias por venir, aunque mi cumpleaños no es hasta mañana.

—Léa amenazó con quitarnos las pelotas si no veníamos —dijo mi hermano Bastien. Se notaba el cariño que sentía por ella, lo mucho que la apreciaba, y eso me hacía feliz.

—Le gusta mucho jugar con los huevos de la gente... —murmuré, divertido, más para mí mismo que para los demás, pero mi padre me escuchó y por poco no me escupió el vino en la camisa—. Es Léa.

Sí, no había otra explicación. Mis padres la tenían en un altar, felices de que alguien le hubiera quitado el palo del culo a su hijo mayor y hubiera sustituido su mal humor por más risas espontáneas.

—¡Toca soplar las velas!

Lo dicho, cumplía treinta y seis años y mi madre seguía emocionándose como cuando tenía seis. Solo faltaban los globos y la piñata.

Tanto Audrey como Léa habían desaparecido, así que me acerqué a mi familia, que me esperaba sonriendo. Las luces se apagaron de golpe, y de la cocina llegó el resplandor de la tarta y sus velas, al tiempo que una pequeña mano se entrelazaba con la mía, apretándola. Léa apoyó la mejilla en mi brazo, y reconozco que se me puso un nudo en la garganta de la emoción al escuchar que todos entonaban el *Joyeux anniversaire* en la penumbra del salón.

—Pide un deseo —me susurró cuando ya estaba inclinado para soplar.

Nuestras miradas conectaron y sonreí.

—No hay nada que desee más que lo que tengo aquí.

—¿Estás seguro de eso?

Se apartó después de darme un beso en la mejilla. Sacudí la cabeza, soplé y, aunque ningún deseo acudió a mi cabeza en un principio, cuando la vela estaba a punto de extinguirse, una imagen volvió a aparecer tras mis ojos cerrados. La misma que no me abandonaba últimamente y por la que llevaba suspirando más tiempo del que creía.

La luz se encendió y busqué a Léa con la mirada, como si también ella hubiera visto lo mismo que yo. La encontré junto a Audrey, con los ojos brillantes y visiblemente emocionada. Me sonrió como siempre hacía, con una luz que le iluminaba la cara y volvía loco a mi corazón.

Pero no me dejaron ir a abrazarla, porque mi madre tiró de mí para besarme y mi padre para darme uno de esos abrazos de oso que, si no tenía cuidado, podía partirme las costillas. Igual de efusivos fueron mi hermano y mi cuñada, no obstante, la felicitación más especial para mí fue la que me dio Evelyn, mi ahijada, con ese beso en la mejilla que me dejó una gran mancha de chocolate.

—¿Qué me vas a regalar para tu cumpleaños? —preguntó, con tanta inocencia que tuve que

reírme; estaba demasiado mona con sus coletas y sus rizos rubios para resistirme.

—¿Qué quieres que te regale? —Caminé con ella en brazos hasta el sofá, sentándola en mi regazo.

—Un bebé para poder sacarlo a pasear con mi carro de muñecas. ¿Tenéis tú y tía Léa un bebé?

Casi me caigo redondo, menos mal que estaba sentado. Todos se echaron a reír, divertidos por las gracias de la niña, pero no me pasó desapercibido que nos miraban de soslayo a Léa y a mí. Y, hablando de mi novia, había vuelto a desaparecer. Apenas había podido estar con ella durante la cena y estaba deseando que se fueran todos para estar solos.

Evelyn insistió en abrir por mí todos los regalos, aunque no parecían gustarle mucho, porque fruncía su naricita al no encontrar juguetes bajo el envoltorio. Evans y su mujer nos regalaron a Léa y a mí una estancia de un fin de semana en el spa en el que estuvieron ellos esta semana, y en mi mente ya estaba mirando el calendario a ver qué días podíamos escaquearnos. Bastien y Diana, un par de entradas para un concierto de David Garret en Lyon. Mis padres, prácticos como ellos solos, un curso de cocina.

—¿Esto va en serio? —Alcé una ceja; debería molestarme porque me tomaran tanto el pelo con ello, pero quizá no me vendría nada mal aprender a cómo no tenía que cocinarse—. Apuesto a que esto ha sido cosa de Léa. O de Ares. De cualquiera de los dos.

Ares Lux era uno de mis mejores amigos, aunque nos veíamos tan poco que para recordar su cara tenía que abrir el navegador de internet y teclear su nombre. Aquí en París no era muy conocido, pero en Londres estaba considerado uno de los mejores chefs del momento. Su ritmo frenético de vida y la imposibilidad de que, tanto Evans como yo pudiéramos viajar a la capital británica siempre que quisiéramos, habían conseguido que estuviéramos casi cinco años sin vernos. Manteníamos el contacto y una vez o dos al mes hacíamos un Skype a tres bandas para ponernos al día, claro, que no era lo mismo que irse de copas y recordar nuestros viejos momentos de gloria.

—No creo que a Léa le haga gracia compartir los fogones contigo —dijo Audrey, riéndose.

Ella me había regalado la tarta, lo hacía en cada celebración, pero siempre tenía un pequeño detalle aparte. Semanas atrás, habíamos estado comentando un libro, de ese pasamos a otro que yo no había leído, por lo que no me sorprendí al encontrarlo al rasgar el papel.

—¿Dónde está Léa? —preguntó mi madre, mirando a nuestro alrededor.

Yo también lo hice porque hacía rato que no la veía.

—Ha subido a por el regalo.

No tardé en escuchar el sonido de sus zapatos de tacón bajando por las escaleras de parque. Llevaba en la mano la cajita con la pluma, esta vez envuelta en papel de regalo. Tenía que fingir estar sorprendido cuando me la diera, y mi sonrisa de entusiasmo se tambaleó un poco al ver lo nerviosa que estaba. No necesitábamos una fecha especial para regalarnos cosas, aun así, ahí estaba ella, casi temblando cuando rodeó el sofá y se sentó a mi lado. Evans cogió a su hija en brazos y se apartaron un poco para darnos espacio.

Yo solo podía mirarla a ella.

—Iba a dártelo esta noche, cuando estuviéramos solos, pero... —Tragó con fuerza y vi sus ojos humedecerse—. Creo que este es el momento perfecto.

La voz le temblaba, como también sus manos cuando me dio la pequeña caja. Joder, sabía que iba a encontrarme con la estilográfica, aun así, hasta yo me puse nervioso; mis manos grandes y mi torpeza con las cosas pequeñas y delicadas hicieron que rasgar el papel fuera una tarea titánica. La pluma sonó al agitar un poco la caja, y le sonreí en respuesta, solo para ver tanto sentimiento acumulado en sus ojos, que hasta dudaba de lo que me fuera a encontrar. Vi miedo, ansiedad, felicidad y nervios. En serio, no entendía cómo un cuerpo tan pequeño como el suyo podía abarcar tanta cosa.

Abrí la caja, saqué lo que había dentro y... Todo desapareció a mí alrededor. Solo estábamos el contenido de esta y yo. Desde muy lejos escuché a alguien soltar una exclamación, a otros aplaudir y reírse, pero yo no era capaz de asimilar aún lo que estaba viendo.

Un test de embarazo.

—Esto... Esto no es una pluma —baluceé, y escuché la risa mezclada con el llanto de Léa a mi lado. La miré, desde la larga melena rojiza hasta las mejillas húmedas y enrojecidas, pasando por unos labios que se apretaban el uno contra el otro para contener la emoción—. ¿Esto quiere decir que...?

—Llevo unos días sospechándolo, pero no sabía qué hacer o cómo ibas a reaccionar tú. Lo dijiste ayer, no hemos hablado de formar una familia y, si mis sospechas eran ciertas, no sabía cómo iba a afectarnos el ser padres.

—Ser padres... —No conseguía reaccionar. Aunque la labia nunca había formado parte de mis virtudes, en esos momentos perdí toda capacidad de habla.

—Tampoco quería darte falsas esperanzas sobre lo que sospechaba. Esta tarde, cuando has venido... me estaba haciendo la prueba.

—Y yo pensando en empotrarte contra el baño... —murmuré, sacudiendo la cabeza. Todos, incluso yo, nos echamos a reír. En esos momentos, no sabía si reír o llorar, de tan nervioso que estaba—. Entonces...

—Feliz cumpleaños, papá.

No me avergüenza reconocer que me eché a llorar, ni tampoco que me abracé a Léa como si la vida me fuera en ello. Creo que me aferré tanto a ella que debí de hacerle daño por lo fuerte que la apretaba; si era así, no la escuché quejarse, todo lo contrario: me devolvía el abrazo con la misma fuerza. Las felicitaciones nos llegaban de todos los lados, pero en esos momentos solo existíamos nosotros dos.

No tengo muy claro lo que pasó después de eso. Solo el vago recuerdo de haberme secado las lágrimas y que estas volvieran a deslizarse por mis mejillas al abrazar a mis padres o a mi hermano. Sí sé que no solté la mano de Léa en ningún momento, no sé si era por miedo a que no fuera más que un sueño o porque todo lo que pasara a partir de entonces quería compartirlo con ella.

Por la noche, ya con la casa silenciosa y nosotros dos en la cama, abrazados, me permití suspirar con fuerza, acabando temblorosamente al ser consciente de lo que significaba la noticia de Léa.

—No creo haberme sentido tan... agotado y feliz en toda mi vida —murmuré. Léa, que había apoyado la mejilla en mi pecho, levantó la cabeza para mirarme—. Y cuando crees que no puedes ser más feliz...

La voz me volvió a temblar. Vaya, la edad me había hecho un blandengue, ¡qué cojones!, no me importaba.

—¿Eres feliz, entonces?

—Llevo siéndolo desde que te conocí. —Me incliné para darle un beso en la nariz.

—¿Quién iba a decirme que serías tan romántico? —sonrió, juguetona—. No me malacostumbres, que voy a tener que vigilar el nivel de azúcar de ahora de adelante.

—¿Y tú? ¿Eres feliz?

Suspiró con fuerza, y tardó tantos segundos en responder que me alarmé.

—No miento si digo que me cagué viva cuando vi el positivo del test. —Mi chica era la finura personificada hablando—. Nunca me he tenido por una persona responsable y seria, a veces ni siquiera sé cómo he conseguido sobrevivir treinta años de una pieza. Pero ¿un hijo? Estar contigo es sencillo, estás criado y, aunque a veces te comportes como un niño, es fácil hacerte entrar en razón amenazándote con dormir en el sofá. No sé criar a un niño, Ash.

—¿Y te crees que yo sí? En la carrera de *Marketing* no había ninguna asignatura que hablara del tema, y aunque la hubiera, la parte práctica es siempre más complicada.

Entendía cómo se sentía. Gran parte de su vida ha estado dando tumbos de un lado a otro, con mala experiencia laboral que le impedía independizarse y asentarse y, ahora que por fin lo tenía todo, el asunto del bebé la trastornaba por completo. Volvía a ponerlo todo patas arriba, la diferencia era que ahora no estaba sola para hacer frente a eso, estábamos los dos y, como buen equipo que éramos, las virtudes de uno suplirían los defectos del otro.

—Lo haremos bien. —La besé en la frente—. Seremos unos padres guays.

—¿Guays? —se río.

—Estoy adaptando mi vocabulario para cuando nuestra hija sea mayor poder estar en la onda.

—¿Una niña? ¿Quién te dice que no será un guaperas impaciente como tú?

—Es mi cumpleaños, por lo tanto, yo digo que será una niña y será igual que su madre.

Nos reímos, era imposible no hacerlo. Estábamos nerviosos, yo, por lo menos, no cabía en mi propio cuerpo. No sabía qué sentía, era incapaz de explicarlo. Demasiadas cosas, demasiados sentimientos acumulados dentro como para poder racionalizarlo y etiquetarlo.

Tampoco era momento de eso.

Era momento de disfrutar de lo que nos estaba pasando, de tomarnos un tiempo para asimilarlo y empezar a hacer planes. Mientras abrazaba a Léa y ponía, por primera vez, una mano en su barriga aún plana, pensé en lo jodidamente afortunado que era y lo poco merecedor de ello que me consideraba. Algo bueno debía de haber hecho en la otra vida para que ahora me recompensaran de esta manera.

Pero así era la vida, que igual te quitaba algunas cosas como te daba otras, todas igual de inesperadas. Una aventura, así había que tomárselo, y estaba seguro de que, en la mía, los mejores momentos estaban por venir.

Agradecimientos

¡Muchísimas gracias! Espero que hayas llegado hasta aquí con una sonrisa. He escrito este relato con la excusa del aniversario de *Querida y odiada casualidad*, pero lo cierto es que buscaba una excusa para volver a encontrarme con ellos, de mostraros un poco más a Ash. Si es que en el fondo es un cachito de pan de lo más espachurrable *risas*.

Se me queda corto el relato y me faltan las palabras para agradecer ENORMEMENTE el cariño que le habéis dado a Léa desde que enseñó la patita hace un año en forma de portada. Os enamoró de la misma forma que a mí; le habéis abierto los brazos y os ha hecho pasar un buen rato. Yo, con eso, me doy por satisfecha.

Así que otro GRACIAS enorme.

Si habéis prestado atención, os habréis dado cuenta de que hay un nombre que no había aparecido hasta el momento, así que, si te acercas un poco, te voy a susurrar un secreto: es el protagonista de la siguiente novela, donde veremos qué le tiene preparado el destino a Audrey. Las ganas que tengo de que lo conozcáis es del tamaño de la Torre Eiffel.

Te recuerdo que, si has leído alguna de mis novelas (tanto *Pide un deseo* como *Querida (y odiada) casualidad*, ambas disponibles en Amazon y en Kindle Unlimited), me harías un grandísimo favor dejando alguna opinión, aparte de que me harías MUY FELIZ.

Así que con estos cortos pero sinceros agradecimientos, me despido. Espero que podamos leernos muy pronto.

Con mucho cariño,

Lana Fry